

¿De qué lado estamos?

*Howard. S. Becker**

Tener valores o no tener valores: este dilema siempre está con nosotros. Cuando los sociólogos se proponen estudiar los problemas que son relevantes para el mundo en que vivimos, se encuentran atrapados en un fuego cruzado. Algunos los intiman a no tomar partido, a ser neutrales y realizar estudios que sean técnicamente correctos y libres de la influencia de valores. Otros les dicen que su trabajo es superficial e inútil si no expresa un compromiso profundo con una posición cargada de valor.

En realidad, el dilema, que parece penoso para algunos, no existe, ya que uno de sus polos es imaginario. Para que este problema exista, uno tendría que suponer, tal como algunos parecen hacerlo, que es posible realizar una investigación libre de contaminación de simpatías políticas o personales. Me propongo argumentar que no es posible y que, por lo tanto, el problema no es si debemos tomar partido, ya que inevitablemente lo haremos, sino más bien qué partido tomar.

Comenzaré a partir de la consideración del problema de tomar posiciones que surgen del estudio de la desviación.

Una incursión en este caso pronto nos revelará rasgos que aparecen en la investigación sociológica de cualquier tipo. Dentro de la variedad de áreas de estudio y en el trabajo hecho según los distintos métodos a nuestra disposición, no podemos evitar tomar posiciones por razones basadas firmemente en la estructura social.

Algunas veces podemos sentir que los estudios sobre desviación exhiben demasiada simpatía con las personas estudiadas, a tal punto que se refleja en el estudio realizado. Sospecho que este sentimiento es considerado tanto cuando hacemos tales investigaciones, como cuando leemos los resultados aún cuando trabajemos en otras áreas. Nos preguntamos: ¿se distorsionará la investigación por esa simpatía? ¿Será de alguna utilidad en la construcción de la teoría científica o en la aplicación del conocimiento cien-

* El presente ensayo fue publicado originalmente en inglés en la revista *Social Problems*, 1967, pp.

239-247. Traducción de Ligia Sánchez y Florencia Malcolm.

tífico a los problemas prácticos de la sociedad? O ¿Acaso el sesgo introducido al tomar una posición la estropeará para ambos usos?

Rara vez hacemos este sentimiento explícito. En su lugar, éste aparece como una preocupación prolongada para los lectores de sociología, a quienes les gustaría tener la seguridad de que pueden confiar en lo que leen, y un área problemática de duda propia para quienes hacen investigaciones, a quienes les gustaría estar seguros de que cualesquiera sean sus simpatías, no son indecorosas profesionalmente y que, de todas maneras, no estropearán seriamente su trabajo. El que la preocupación afecte tanto a los lectores como a los investigadores indica que ésta es más profunda que las diferencias superficiales que dividen las escuelas de pensamiento sociológico, y que sus raíces deben buscarse en características de la sociedad que nos afectan a todos, sea cual fuere nuestra opción metodológica o teórica.

Si se hiciese explícito el sentimiento, tomaría la forma de una acusación por la cual las simpatías del investigador habrían iniciado su trabajo y sesgado sus hallazgos. Antes de examinar sus raíces estructurales, consideraremos cuál podría ser el significado manifiesto del cargo.

Podría significar que hemos adquirido cierto grado de simpatía hacia el grupo que estudiamos, suficiente como para disuadirnos de la publicación de aquellos resultados que podrían resultar dañinos para ellos. Uno se puede imaginar un sociólogo liberal que se propone refutar algunos de los estereotipos comunes asumidos acerca de un grupo minoritario. Para su desaliento, su investigación revela que algunos de los estereotipos desafortunadamente son ciertos. En aras del interés de la justicia y el liberalismo, podría sentirse tentado, e incluso podría sucumbir a la tentación, de suprimir esos hallazgos, pu-

blicando con candor científico los otros resultados que confirman sus creencias.

Pero este no parece ser realmente el meollo de la acusación, porque los sociólogos que estudian la desviación no suelen encubrir casos acerca de la gente que estudian. Ellos están más bien deseosos de probar que sucede algo que pone al desviado en la posición en la que está, aún si ellos no están dispuestos a conceder que lo que sucede es aquello de lo cual se acusaba originalmente a la gente estudiada.

Pienso que un significado más probable de la acusación es el siguiente: en el curso de nuestro trabajo y quién sabe por qué razones personales, caemos en profunda simpatía con la gente que estudiamos, de forma tal que mientras el resto de la sociedad la ve como no merecedora de la deferencia que generalmente se le concede a un conciudadano, nosotros creemos que ellos son, por lo menos, tan buenos como cualquier otro; más víctimas del pecado que pecadores. Es por ello que no brindamos un cuadro balanceado. Hacemos demasiado énfasis en preguntas cuyas respuestas demuestran que el supuesto desviado está moralmente en lo correcto y el ciudadano ordinario está moralmente en lo incorrecto. Descuidamos hacer aquellas preguntas cuyas respuestas demuestran que el desviado, después de todo, ha hecho algo bastante malvado y que merece lo que recibe. En consecuencia, nuestra evaluación global del problema estudiado es unilateral. Lo que producimos es un encubrimiento del desviado y una condena, aunque no sea sino por implicación, de esos respetables ciudadanos que, pensamos, han hecho del desviado lo que es.

Es a esta versión del dilema a la que dedicaré el resto de mis observaciones. Sin embargo, miraré primero, no a la veracidad o falsedad del cargo, sino más bien a las cir-

cunstances típicas en que se hace o se siente. La sociología del conocimiento nos advierte la distinción entre la verdad de un enunciado y una evaluación de las circunstancias bajo las cuales se hace el enunciado; aunque sigamos un argumento hasta encontrar su origen en el interés de la persona que lo haya hecho, aún no hemos probado que sea falso. Reconociendo el punto y prometiendo dirigirme a él eventualmente, pasaré a las situaciones en las cuales surge la acusación de sesgo.

¿Cuándo nos acusamos nosotros mismos y a nuestros compañeros sociólogos de realizar investigaciones sesgadas? Pienso que una inspección de algunas instancias representativas mostrará que la acusación surge, en una clase importante de casos, cuando la investigación da crédito a la perspectiva de un grupo subordinado en alguna relación jerárquica. En el caso de la desviación, la relación jerárquica es moral. Las partes dominantes en la relación son aquellas que representan las fuerzas de la moralidad aprobada y oficial; las partes subordinadas son aquellas que, se alega, han violado esa moralidad.

Aún cuando la desviación es un caso típico, de ninguna manera es el único. Situaciones y sentimientos similares de que nuestro trabajo está sesgado, ocurren en el estudio de escuelas, hospitales, asilos y prisiones, en el estudio de enfermedades físicas y mentales, en el estudio del joven "normal" y el delincuente. En estas situaciones, los sectores dominantes son generalmente las autoridades oficiales y profesionales encargados de alguna institución importante, mientras que las subordinadas son aquellas que hacen uso de los servicios de esa institución. Así, la policía son los dominantes, los drogadictos son los subordinados; los profesores y administradores, los directores y los maestros, son los dominantes mientras que los

estudiantes y alumnos son los subordinados; los médicos son los dominantes, y sus pacientes los subordinados.

Todos estos casos representan una de las situaciones típicas en las cuales los investigadores se acusan ellos mismos y son acusados de prejuicio. Es ésta una situación en la cual, aunque el conflicto y la tensión existen en las relaciones jerárquicas, el conflicto no se ha convertido abiertamente político. Los segmentos o rangos en conflicto no están organizados para el conflicto; nadie intenta alterar el orden jerárquico. Aunque los subordinados puedan quejarse del tratamiento que reciben de aquellos por encima de ellos, no intentan moverse a una posición de igualdad o revertir las posiciones de jerarquía. De este modo, nadie propone que los adictos deban hacer y ejecutar las leyes para los policías, que los pacientes deban recetar a los médicos, o que los adolescentes deban dar órdenes a los adultos. Podemos llamar a esto el "caso apolítico".

En el segundo caso, la acusación de parcialidad o sesgo se hace en una situación que es francamente política. Las partes de la relación jerárquica entran en un conflicto organizado, ya sea intentando mantener o alterar las relaciones existentes de poder o autoridad. Mientras que en el primer caso los subordinados suelen estar desorganizados y, por lo tanto, como veremos, tienen poco que temer al investigador, las partes subordinadas en una situación política pueden tener mucho que perder. Cuando la situación es política, el investigador puede acusarse o ser acusado de parcialidad por otra persona cuando acredita a la perspectiva de cualquiera de las partes del conflicto político. Dejo lo político para después y paso ahora al problema de la parcialidad en situaciones apolíticas.¹

Provocamos la sospecha de estar sesgados en favor de los subordinados en una situa-

ción apolítica cuando contamos la historia desde su punto de vista. Por ejemplo, podemos investigar sus quejas, aún cuando sean subordinados, sobre la forma en se llevan las cosas, tal como si uno debiera dar a sus quejas tanto crédito como a los enunciados de las autoridades responsables. Provocamos la acusación cuando asumimos, para los propósitos de nuestra investigación, que los subordinados tienen tanto derecho a ser oídos como los superiores; que ellos son idóneos para decir la verdad tal como la ven los superiores; que lo que ellos dicen acerca de la institución tiene derecho de ser investigado y de que se establezca su verdad o falsedad, aún cuando los oficiales responsables nos aseguran que esto es innecesario pues los cargos son falsos.

Para comprender este fenómeno, podemos utilizar la noción de una "jerarquía de credibilidad". En cualquier sistema organizado en rangos o estamentos jerárquicos, los participantes aceptan como dado que los miembros del grupo superior tienen el derecho de definir cómo son realmente las cosas.

En cualquier organización, no importa lo que muestre el resto del cuadro de la misma, las flechas que señalan el flujo de la información están dirigidas hacia arriba, demostrando así (al menos formalmente) que los que están arriba tienen acceso a una visión más completa de lo que sucede que ninguna otra persona. Los miembros de los grupos inferiores tendrán información incompleta y, en consecuencia, su visión de la realidad será

parcial y distorsionada. Por lo tanto, desde el punto de vista de un participante socializado en el sistema, cualquier cuento narrado por los de arriba merece ser considerado como el relato más creíble acerca del funcionamiento de la organización. Y ya que, tal como lo señala Summer, los asuntos de rango y de estatus están en las costumbres², esta creencia tiene una cualidad moral. Si somos miembros "ajustados" al grupo, estamos moralmente obligados a aceptar la definición impuesta de la realidad por el grupo dominante por sobre las definiciones expuestas por los subordinados. (Por analogía, se mantiene el mismo argumento para las clases sociales de una comunidad). Así, la credibilidad y el derecho a ser escuchado están distribuido diferencialmente a lo largo de los rangos del sistema.

Como sociólogos, provocamos la acusación de sesgo, tanto en nosotros como en otros, al rehusarnos a dar crédito y deferencia a un orden jerárquico establecido en el cual el conocimiento de la verdad y el derecho a ser oído no están igualmente distribuidos. "Todo el mundo sabe" que los profesionales responsables saben más acerca de las cosas que los legos, que la policía es más respetable y que sus palabras deben tomarse más en serio que las de los desviados y los criminales a quienes tratan. Al rehusar aceptar la jerarquía de credibilidad no expresamos respeto por el orden establecido.

Cometemos nuestro pecado y somos acusados de parcialidad por no prestar atención

¹ Una situación no es necesariamente política o apolítica. Una situación apolítica puede ser transformada en política por la rebelión abierta de los rangos subordinados, y una situación política puede desembocar en una situación en la cual se ha logrado un arreglo y una nueva jerarquía ha sido aceptada por

los participantes. Las categorías, aunque útiles para el análisis, no representan una división fija existente en la realidad.

² William Gram. Summer, *Status in the Folkways*, Folkways, New York: New American Library, 1960, pp. 72-73.

inmediata e "igual tiempo" a las excusas y explicaciones de la autoridad oficial. Por ejemplo, si nos interesa estudiar la forma de vida de los internados en un hospital psiquiátrico, naturalmente nos interesarán las limitaciones y condiciones creadas por las acciones de los administradores y de los médicos que dirigen el hospital. Pero, a menos que también hagamos a los administradores y médicos objetos de nuestro estudio (una posibilidad que consideraré posteriormente), no investigaremos el porqué de esas condiciones y constricciones. No brindaremos la oportunidad a los oficiales responsables de explicarse y de dar razones por la forma en que actúan ni la oportunidad para demostrar por qué las quejas de pacientes no son justificadas.

Es extraño que, cuando percibimos el sesgo, generalmente lo vemos en estas circunstancias. Resulta extraño porque es de fácil confirmación que el mayor número de estudios están más viciados en la dirección de los intereses de las autoridades responsables que del otro lado. Podemos acusar a un estudioso de sociología médica de hacer demasiado énfasis en las quejas de los pacientes. Pero ¿no es obvio que la mayoría de los sociólogos médicos ven las cosas desde el punto de vista de los médicos? Unos pocos sociólogos pueden estar suficientemente sesgados en favor de la juventud como para asegurar credibilidad a su descripción de cómo el mundo de los adultos trata a los jóvenes. Pero, ¿por qué no acusamos a otros sociólogos que estudian al joven de estar sesgado en favor de los adultos? Después de todo, la mayoría de las investigaciones sobre la juventud están claramente diseñadas para averiguar por qué los jóvenes son tan problemáticos para los adultos, más bien que para averiguar la pregunta igualmente importante desde la perspectiva sociológica

de: "¿por qué los adultos presentan tantos problemas a los jóvenes?". De forma similar, acusamos de prejuiciados a aquellos que toman demasiado en serio las quejas de los enfermos mentales: ¿y qué de aquellos sociólogos que sólo toman en serio las quejas de los médicos, de los familiares y de otras personas acerca de los enfermos mentales? ¿Por qué esta desproporción en la dirección de las acusaciones de parcialidad o sesgo? ¿Por qué acusamos (de parcialidad) con mayor frecuencia a quienes están de parte de los subordinados que a los que están con los dominantes? Porque cuando hacemos el primer tipo de acusación, como miembros socializados de nuestra sociedad que somos la mayoría (de nosotros), hemos aceptado la jerarquía de credibilidad y reportamos las acusaciones hechas por las autoridades responsables.

La razón por la cual los oficiales responsables realizan frecuentes acusaciones se debe precisamente a que son los encargados de la institución. A ellos se les ha confiado el cuidado y funcionamiento de una u otra de nuestras instituciones importantes: escuelas, hospitales, cumplimiento de la ley o cualquiera que ella sea. Son quienes, en virtud de su rol oficial y de la autoridad que lo acompaña, están en la posición de "hacer algo" cuando las cosas no son como deben ser, e igualmente serán quienes deben responder si fallan en "hacer algo", o si lo que hacen resulta inadecuado, sea por lo que fuere.

Por ser responsables, los oficiales generalmente tienen que mentir. Esta es una forma burda de decirlo pero no por ello falsa. Los oficiales tienen que mentir porque, rara vez, las cosas son como deberían ser. Las instituciones son perversas por una gran variedad de razones bien conocidas por los sociólogos. Éstas no funcionan tal como lo querría la sociedad. Los hospitales no curan a la gen-

te; las prisiones no rehabilitan a los prisioneros; las escuelas no educan a los estudiantes. Como ellas se supone que lo hacen, las autoridades desarrollan vías tanto para negar los fracasos de las instituciones para funcionar como deberían, como para explicar aquellos fracasos que no se pueden ocultar. Por esto, un informe sobre el funcionamiento de una institución desde el punto de vista de los subordinados arroja dudas sobre la línea oficial y posiblemente la expondría como una falsedad.³

Por razones similares a las razones de las autoridades, los subordinados, en una relación jerárquica apolítica, no tienen motivo para quejarse del sesgo de la investigación sociológica orientada hacia los intereses de los superiores. Los subordinados no suelen estar organizados tal que ellos sean los responsables del funcionamiento global de una institución. Lo que sucede en una escuela se le acredita o se la carga a la Facultad y a los administradores; éstos pueden ser identificados y llamados a dar cuenta de la situación. Aún si el fracaso de una escuela pueda deberse a falta de los alumnos, éstos no están tan organizados como para que uno de ellos sea responsable por fallas que no sean las propias. Si él se comporta bien, mientras el resto es aplazado, hace trampas y roba, éste no es su problema, a pesar de los intentos del código de honor de hacerlo aparecer como tal. Mientras el informe sociológico sobre su escuela diga que todos los estudiantes menos uno son embusteros y tramposos, todos los estudiantes estarán complacidos pensando que ellos son esa única

excepción. Lo más probable es que jamás conozcan el informe o, si lo conocen, pensarán que saldrán de la escuela dentro de poco de manera que ¿qué importancia tiene esto? La falta de organización entre los miembros subordinados de una relación institucionalizada significa que, al no tener responsabilidad por el bienestar del grupo, tampoco reciben quejas si alguien la difama. El sociólogo que favorece la oficialidad se ahorrará la acusación de parcialidad.

De este modo, vemos por qué nos acusamos de parcialidad sólo cuando nos ponemos de parte del subordinado. Esto es así porque, en una situación que no es abiertamente política, cuyos aspectos principales son debatibles, nos unimos a las autoridades responsables y al hombre de la calle en la aceptación no razonada de la jerarquía de credibilidad. Asumimos con ellos que el hombre del rango o estatus superior sabe más. No nos damos cuenta que hay proposiciones que tomar y que estamos tomando una de ellas.

El mismo razonamiento nos permite comprender por qué el investigador tiene la misma preocupación sobre el efecto de sus simpatías en su trabajo como su colega no comprometido. La jerarquía de credibilidad es una faceta de la sociedad cuya existencia no podemos negar, aún si estamos en desacuerdo con su requerimiento de creerle al "hombre de arriba". Cuando adquirimos suficientes simpatías hacia los subordinados como para ver las cosas desde su perspectiva, sabemos que vamos en contra de lo que "todo el mundo sabe" (sentido común). Este conocimien-

³ He señalado parte de este argumento en forma abreviada en "Problems of Publications of Field Studies", en Arthur Vidich, Joseph Bensman y

Maurice Stein (Eds.), *Reflections on Community Studies*, New York: John Wiley.

to nos hace vacilar y hace que compartamos, aún cuando sea brevemente, la duda de nuestros colegas.

Cuando una situación ha sido definida políticamente —el segundo tipo de caso que deseo discutir—, las cosas son diferentes. Los subordinados tienen cierto grado de organización y, con ello, un representante, equivalente a las autoridades responsables. Los representantes, aún cuando no pueden ser señalados realmente como responsables de lo que hagan los miembros de su grupo, sin embargo, pueden hacer afirmaciones en su nombre y se les tiene como responsables de la verdad de tales afirmaciones. El grupo se compromete en una actividad política designada a cambiar las relaciones jerárquicas existentes y la credibilidad de su representante afecta directamente su suerte política. La credibilidad no es la única influencia, pero al grupo no le conviene desacreditar la definición de la realidad hecha por su representante, ya que la consecuencia inmediata será cierta pérdida del poder político.

Los grupos dominantes también tienen su representante, y se enfrentan al mismo problema: el de hacer enunciados sobre la realidad que sean efectivos políticamente sin que sean fácilmente desvirtuados. La suerte política del grupo dominante —su habilidad para mantener en el mínimo los cambios de estatus exigidos por los grupos inferiores— no depende tanto de la credibilidad, ya que este grupo dispone además de otros tipos de poder.

Cuando hacemos una investigación en una situación política, estamos en un doble peligro, ya que los representantes de los dos grupos implicados serán sensibles a las implicaciones de nuestro trabajo. Como proponen definiciones de la realidad abiertamente conflictivas, nuestro enunciado del problema es susceptible en sí mismo a cuestionar y hacer problemática, al menos para los fines

de nuestra investigación, una u otra definición de la realidad. Y lo mismo harán nuestros resultados.

La jerarquía de credibilidad opera de manera diferente en la situación política y en la situación apolítica. En la situación política ella es precisamente uno de los puntos en discusión. Como la lucha política pone en duda la legitimidad del orden jerárquico existente, ésta necesariamente pone en cuestión al mismo tiempo la legitimidad de los juicios de credibilidad. Es decir que los juicios sobre quién tiene el derecho a definir la naturaleza de la realidad, que se toman por dados en una situación apolítica, aquí se convierten en materia de discusión.

Extrañamente, pienso que estamos menos propensos a acusarnos a nosotros mismos —y a acusarnos mutuamente— de parcialidad en una situación política que una situación apolítica, al menos por dos razones. Primero, porque la jerarquía de credibilidad ha sido cuestionada abiertamente, nos damos cuenta de que hay por lo menos dos lados de la versión y, por ende, no pensamos que sea improbable el investigar la situación desde uno u otro de los puntos de vista en contienda. Sabemos, por ejemplo, que debemos comprender las perspectivas tanto del residente de Watts como de la policía de Los Ángeles si queremos entender qué sucedió en ese disturbio.

Segundo, no es un secreto que la mayoría de los sociólogos es políticamente liberal en un mayor o menor grado. Nuestras inclinaciones políticas nos dictarán con quién estaremos y, como esas preferencias son compartidas por la mayoría de nuestros colegas, pocos están dispuestos a tirar la primera piedra o siquiera están conscientes de que el tirar piedras es una posibilidad. Generalmente, tomamos posición junto al inferior; estamos a favor de los negros y en contra de los

racistas. No pensamos que nadie está prejuiciado por realizar una investigación destinada a probar que los primeros no son tan malos como la gente cree o que los últimos son peores. De hecho, en estas circunstancias, estamos bastantes dispuestos a considerar el problema de la parcialidad como un asunto que debe ser solucionado con el uso de salvaguardias técnicas.

De este modo, estamos capacitados para tomar partido con igual inocencia y falta de intención —aunque por diferentes razones— tanto en situaciones apolíticas como políticas. En las primeras, adoptamos la visión del sentido común la cual asigna, sin duda, credibilidad a la autoridad responsable. (Esto no niega el que unos pocos de nosotros, debido a que algo en nuestra experiencia nos haya alertado sobre la posibilidad, pueda cuestionar la jerarquía de credibilidad convencional en el área especial de nuestra experticia). En el segundo caso, damos tan por sentada nuestra política que esto suplantamos la convención del decidir con quien estamos. (Tampoco niego que algunos pocos sociólogos puedan divergir políticamente de sus colegas liberales, sea hacia la derecha o hacia la izquierda, y por ende, ser más susceptibles de cuestionar la convención).

En cualquier caso, aún si nuestros colegas no nos acusan de sesgo en la investigación en una situación política, los partidos interesados lo harán. Trátese ya de políticos extranjeros que hagan objeciones a estudios sobre cómo la estabilidad de su gobierno puede ser mantenida por el interés de los Estados Unidos (como en el caso de Camelot)⁴ o de líderes nacionales de los de-

rechos civiles que refutan un análisis de los problemas raciales centrado en las pretendidas deficiencias de la familia del negro (como la acogida brindada al informe Moynihan)⁵, las partes interesadas están prestadas a hacer acusaciones de parcialidad y de distorsión. Ellos basan la acusación no en fallas técnicas o de método, sino en defectos conceptuales. Acusan al sociólogo no de obtener datos falsos sino de no obtener todos los datos relevantes del problema. En otras palabras, lo acusan de ver las cosas desde la perspectiva de una sola de las partes en conflicto. Pero la acusación es probable que sea hecha por la parte interesada y no por los sociólogos mismos.

Lo que he dicho hasta aquí es todo parte de la sociología del conocimiento, sugiriendo por quién, en cuáles situaciones y por cuáles razones los sociólogos serán acusados de parcialidad y de distorsión. Aún no me he dedicado al problema de la veracidad de las acusaciones, de si nuestros hallazgos están sesgados por nuestras simpatías hacia aquellos que estudiamos. He hecho implícita una respuesta parcial, es decir, que no existe una posición a partir de la cual se pueda hacer la investigación sociológica que no esté sesgada de una u otra manera.

Siempre debemos ver el problema desde el punto de vista de alguien. El científico que se proponga comprender la sociedad, como Mead lo señaló hace tiempo, debe meterse lo suficiente en la situación como para tener una perspectiva sobre la misma. Y es probable que su visión esté afectada, en gran parte, por la postura tomada por cualquiera de los participantes en esa situación. Aún si su par-

⁴ Ver: Irving Louis Horowitz, "The Life and Death of Project Camelot", *Transaction*, 3 (Nov. / Dec. 1965)

⁵ Ver: Lee Rainwater and William L. Yancey, *Black Families and the White House*, *Ibid.*, 3 (July-August, 1966), pp. 6-11, 48-53.

ticipación está limitada a la lectura en el campo, el sociólogo necesariamente leerá los argumentos de los partidarios de una u otra posición de la relación y, por ende, estará afectado, por lo menos, por haber señalado cuáles son los argumentos y aspectos importantes.

Un estudiante de sociología médica puede decidir que no tomará ni la perspectiva del paciente ni la del médico, pero necesariamente adoptará la postura que choque con las múltiples preguntas que surjan entre médicos y pacientes; no importa la orientación que adopte, su trabajo tomará en cuenta o no las actitudes de los subordinados. Si deja de considerar los problemas que éstos plantean, estará trabajando del lado de las autoridades. Si plantea estos problemas seriamente y encuentra, como puede suceder, que tienen algún mérito, entonces se expondrá a la crítica furiosa de las autoridades y de todos aquellos sociólogos que les conceden el punto máximo en la jerarquía de credibilidad. Casi todos los tópicos estudiados por los sociólogos, al menos aquellos que tienen alguna relación con el mundo real que nos rodea, son vistos por la sociedad como juegos de moralidad y nos encontramos, de buen o mal grado, tomando parte en esos juegos ya sea de un lado o del otro.

Existe otra posibilidad: en algunos casos, podemos adoptar el punto de vista de una tercera parte implicada directamente en la jerarquía que estamos investigando. Así, un marxista podría sentir que no vale la pena distinguir entre demócratas y republicanos, ya que ambos grupos son igualmente hostiles a los intereses de los trabajadores. Esto en verdad nos haría neutrales con respecto a los dos grupos en cuestión, pero sólo significaría que hemos ampliado el ámbito del conflicto político para incluir un partido que

usualmente no se introduce, y cuya visión adopta el sociólogo.

Nunca podemos evitar el tomar partido. De manera que nos queda el problema de si el tomar partido significa que cierto sesgo se introduce en nuestro trabajo tanto como para inutilizarlo. O, menos drásticamente, si se introduce cierto sesgo que debe ser tomado en cuenta antes de que se puedan utilizar los resultados de nuestra investigación. No me refiero aquí al sentimiento de que el cuadro presentado por la investigación no sea “balanceado”, que surja indignación al tener una definición convencional de la realidad con mayor prioridad o igualdad con “lo que todos saben”, pues está claro que esto no lo podemos evitar. Ese es el problema de las autoridades, de los representantes y de las partes interesadas y no el nuestro. Nuestro problema es el de asegurarnos que, cualquiera sea el punto de vista que adoptemos, nuestra investigación logre el estándar de un buen trabajo científico, que nuestras simpatías inevitables no invaliden nuestros resultados.

Podríamos distorsionar nuestros hallazgos debido a nuestras simpatías con una de las partes de la relación que estamos estudiando o debido a un mal uso de los instrumentos y técnicas de nuestra disciplina. Podríamos introducir preguntas sesgadas dentro de un cuestionario, o actuar en una situación de campo de forma tal que la gente se sienta inducida a decirnos sólo el tipo de cosas con las cuales estamos en simpatía. Todas nuestras técnicas de investigación están rodeadas por medidas de precaución diseñadas para preservarnos de estos errores. De manera similar, aún cuando a nivel más abstracto, todas nuestras teorías presumiblemente contienen un conjunto de directrices que cubren exhaustivamente el campo por estudiar, y que especifican todas las cosas que

debemos buscar y tomar en consideración en nuestra investigación. Al utilizar nuestras teorías y técnicas imparcialmente, debemos ser capaces de estudiar todas las cosas que necesitan ser estudiadas en forma tal que se obtengan todos los datos requeridos, aún cuando algunos de los problemas que han de surgir y algunos de los datos que han de ser producidos vayan en contra de nuestros prejuicios.

Pero el problema puede que sea este precisamente. Dadas todas nuestras técnicas de control teórico y técnico, ¿cómo podemos estar seguros de que las aplicaremos imparcialmente y en toda su extensión tal como ellas necesitan ser aplicadas? Aquí nuestros textos de metodología no nos ayudan. Nos dicen cómo cuidarnos del error, pero nada sobre cómo asegurarnos que utilizaremos todas las salvaguardias a nuestra disposición. Para comenzar, podemos tratar de evitar el sentimentalismo. Somos sentimentales cuando, por cualquier razón, rehusamos investigar alguna materia que debería ser considerada como problemática. Somos sentimentales, especialmente, cuando preferimos no saber qué sucede, si el saberlo significaría violar alguna simpatía de cuya existencia, incluso podemos no habernos dado cuenta. Cualquiera sea nuestra posición, debemos utilizar nuestras técnicas con la suficiente imparcialidad como para que una creencia hacia la cual tengamos especial simpatía pueda ser probada como falsa. Siempre debemos revisar nuestro trabajo con el suficiente cuidado de manera que podamos determinar si nuestras técnicas y teorías son lo suficientemente amplias como para permitir esa posibilidad.

Por último, consideremos cuál podría parecer una solución simple a los problemas planteados. Si la dificultad estriba en que simpatizamos con los inferiores o marginales

(*underdogs*) al estudiarlos, ¿acaso no es cierto también que los superiores en una relación jerárquica generalmente tienen sus propios superiores con quienes deben contender? ¿No es cierto que podríamos estudiar esos dominantes o subordinados, presentando sus puntos de vista sobre las relaciones con sus superiores y así ganar una simpatía más profunda con ellos, evitando el prejuicio de una identificación unilateral con los inferiores? Esto resulta atractivo, pero también falaz. Ya que sólo significa que entraremos en el mismo problema con un nuevo grupo de autoridades.

Es cierto, por ejemplo, que las administradoras responsables de una prisión no son libres de hacer lo que deseen, ni pueden ser sensibles a los deseos de los prisioneros. Si hablamos con uno de estos oficiales, seguramente nos dirá, en privado, que los subordinados en la relación tienen algunos derechos de su parte, pero que no comprenden que su deseo por mejorar la situación se ve frustrado por sus propios superiores o por los reglamentos establecidos. De esta manera, si el administrador de una prisión se disgusta porque hemos considerado las quejas de los prisioneros, podemos sentir que esta situación es superable, y así obtener una visión más balanceada si lo entrevistamos a él y a sus asociados. Si lo hacemos, podemos escribir un informe al cual responderán sus superiores con gritos de "prejuiciado". Ellos, a su vez, dirán que no hemos presentado una visión balanceada, porque no hemos examinado su lado de la situación. Y puede que nos preocupemos de que lo que ellos digan sea cierto.

El punto es obvio. Al intentar esta aparente solución simple, llegamos a un problema de regresión infinita, ya que todos tienen a alguna persona situada por encima que le impide hacer las cosas tal como le gustaría.

Si interrogamos a los superiores de la administración de la prisión, ellos (a su vez) se quejarán del Gobernador y de la Legislatura. Y si vamos al Gobernador y a la Legislatura, ellos se quejarán de los que hacen *lobby*, de las maquinarias partidistas, del público y de los diarios. Esto no se acaba nunca y jamás podríamos tener una “visión balanceada” hasta tanto no hayamos estudiado la totalidad de la sociedad simultáneamente. Yo no propongo aguantar la respiración hasta el que llegue ese día feliz.

Creo que podemos satisfacer las exigencias de nuestra ciencia aclarando siempre los límites de lo que hemos estudiado, marcando los límites más allá de los cuales no se pueden aplicar con seguridad nuestros hallazgos. Esto no es hacer la denuncia convencional en la cual advertimos que sólo hemos estudiado una prisión en Nueva York o en California y que los hallazgos pueden no ser válidos para los otros 49 estados —lo cual de todas maneras tampoco es un procedimiento útil, ya que los hallazgos bien podrían ser válidos si las condiciones son las mismas en los otros estados—. Me refiero a una renuncia más sociológica en la cual digamos, por ejemplo, que hemos estudiado la prisión a través de los ojos de los prisioneros y no de los ojos de los guardias o de otras personas implicadas en la situación. De esta forma, le advertimos a la gente que nuestro estudio nos dice sólo cómo se ven las cosas desde el punto favorable —qué tipo de objetos son los guardias en el mundo de los prisioneros— y que no intenta explicar porqué los guardias

hacen lo que hacen o de absolver a los guardias de lo que pueda parecer una conducta moralmente inaceptable desde la posición de los prisioneros. Sin embargo, esto no nos protegerá de las acusaciones de parcialidad o sesgo en la investigación, ya que los guardias continuarán siendo enjuiciados por la visión no balanceada. Si aceptamos implícitamente la jerarquía de credibilidad convencional, nos sentimos atormentados por esa acusación.

Nos acercamos a una solución al decir que en el transcurso de los años cada estudio “unilateral” provocará estudios posteriores que ampliarán gradualmente nuestra comprensión de todos los factores relevantes en el funcionamiento de una institución. Pero esta es una solución a largo plazo y de poca ayuda para el investigador individual que tiene que enfrentarse a la ira de las autoridades que sienten que él los ha perjudicado, a las críticas de sus colegas que piensan que él está presentando una visión unilateral, y a sus propias preocupaciones.

¿Qué hacemos mientras tanto? Supongo que las respuestas son más o menos obvias. Tomamos partido según nos lo dicten nuestros compromisos personales y políticos; utilizamos nuestros recursos teóricos y técnicos para evitar las distorsiones que estos podrían introducir en nuestro trabajo; limitamos cuidadosamente nuestras conclusiones; reconocemos la jerarquía de credibilidad por lo que es verdaderamente, y atrapamos lo mejor que podemos las acusaciones y las dudas que seguramente serán nuestro destino.